

*Carlo*, vasta é imponente sala aunque un poco maltratada, y que a pesar de sus amplias dimensiones, no puede rivalizar con el San Carlo de Nápoles. La sala estaba llena; exhibian el panorama del Mississipi que ha dado ya la vuelta al mundo. Miétras que el espectáculo se presentaba a nuestra vista, la reina me interesaba vivamente con sus notables observaciones acerca de su pais natal. Aquella augusta persona hablaba con calor de su hermosa patria, el ardiente Brasil. Cualquiera que sea el país en que uno haya nacido, el amor de la patria siempre es el mismo.

Hablamos tambien de Lisboa y de Portugal. Con este motivo el rey elogió el libro de Lichnowsky, único que en su concepto es exacto; y manifestó poco aprecio por el que ha escrito con el mismo objeto la condesa de Hahn-Hahn. La reina se mostró ofendida por la admiracion que causó a la condesa Ida la vista de un bastidor que se encontraba en la habitacion. «Una persona que gobierna, dice la condesa, no deberia ocuparse en semejantes cosas.» Con cuyo motivo la reina, que es una mujer dedicada al interior doméstico, respondia muy maliciosamente: *Sin duda ella querria que yo escribiese libros.*

Un domingo en la tarde fui con María da Gloria a ver una corrida de toros. Los jóvenes príncipes creen este espectáculo demasiado bárbaro y jamás asisten; pero las princecitas, dos niñas seductoras, tienen un apasionado cariño a estos combates. Mas ¿qué digo? No son estos los combates de la caballeresca España, son unos juegos ignobles y repugnantes.

Para mengua de la nacion portuguesa, el toro se presenta en la arena con dos bolas de madera en los cuernos: lo excitan, lo estimulan, hacen del espectáculo una mascarada, una irrision. Es verdad que hay *picadores* como en España; pero la rapidez de los caballos y su propia cobardía los ponen a cubierto de todo peligro. Asimismo se ven aparecer hombres con capas y *banderilleros*; mas ¿dónde está el hermoso *matador* que tan bien sabe atraerse el entusiasmo?

Despues de haber sido atormentado el toro, es asido por criados forrados de cojines y conducido a su prision.

Farsas groseras y de mal gusto, buenas solamente para divertir a la hez del pueblo, llenan los intermedios de este espectáculo.

Negros vestidos con trajes extravagantes, que ruedan en el polvo delante del toro, y que tienen obligacion de dejarse pisotear y atropellar como si fuesen perros. Otros comienzan una comida en medio de la plaza, debajo de una campana de papel, y lo agradable es ver entónces al animal furioso acometer a toda la reunion y trastornarla; otros, por último, se deslizan en pequeños trineos sobre una especie de montaña rusa y procuran que el toro caiga sobre ellos cuando el vehículo está en movimiento. En una palabra, la representacion entera es una bufonada insípida, en que el valor del hombre no tiene ocasion de mostrarse. El pueblo rie y aulla, como un rebaño de brutos... ¡Qué léjos estamos del fogoso entusiasmo de los españoles y de aquella embriaguez generosa que les inspira la vista del peligro!

Estos cobardes martirios que se hacen sufrir a los hombres y al animal, forman un espectáculo que debe ejercer sobre el pueblo una influencia perniciosa; es un alimento que se presenta a sus instintos groseros, miétras que en España una lucha ardiente y generosa realza al hombre en todo su mérito. Allá reune el toro todas sus fuerzas y el hombre todo su valor, se atacan cuerpo a cuerpo, la sangre corre, hay emociones extraordinarias en este combate; el hombre no se humilla al nivel de la bestia, ni se abate la bestia como si fuera cosa inanimada. En España hay combate, pero un combate leal, y por lo mismo esta diversion popular no parece cruel ni un solo instante; mas aquí, donde no se trata sino de un juego innoble y cobarde, la menor desgracia se hace demasiado repugnante. He visto en Sevilla caer gran número de caballos, sin que un solo hombre haya salido lastimado: aquí dos luchadores encargados de apoderarse del toro quedaron horriblemente maltratados: cayeron en los cuernos del animal que los arrojó al suelo, hiriéndoles el vientre y las costillas con redoblados golpes; hasta que en fin, se arrastraron fuera de la plaza ensangrentados y medio molidos. Verdad es que me aseguraron que con una poca de arena de la plaza, desleida en un vaso de agua, se curarian de una manera maravillosa, y estarian dispuestos para aparecer en la liza el domingo siguiente. Todo aquello me causaba horror, miétras en España me sentia entusiasmado y embriagado a la vista del combate.



Hubo, sin embargo, algunas escenas interesantes. Dos veces saltó el toro sobre la pared de tablas con un ímpetu furioso. Otra vez levantó del suelo a una especie de criado ó payaso con su rocinante, de tal manera que ginete y montura pasaron uno sobre otro, hicieron una voltereta completa como jamás se ha visto, sin que les sucediera desgracia ninguna y sin que el campeón llegara a soltar los estribos. El payaso en este ejercicio gimnástico no perdió mas que su cabellera, con gran diversion del público, porque era una soberbia peluca con que lo habian adornado. En aquel momento se despertó en mí el ardor español, y con bravos involuntarios, que tal vez no eran muy convenientes en presencia de la reina, manifesté mi satisfaccion al valiente toro, deseándole un triunfo mas decisivo.

Otra vez tuve ocasion de ver la corte en una funcion religiosa, en la fiesta del *Santissimo Coração de Jesus*. El Divinísimo que habia estado expuesto, fué llevado al tabernáculo en procesion solemne, y se celebró una misa cantada. La reina entró a la iglesia teniendo a su lado al rey consorte y al *Deus ex machina*, quienes llevaban sobre su uniforme una mantilla de encaje, que es la extravagante insignia que usan en las funciones mas solemnes los grandes cruces de la órden portuguesa. Doña María se colocó bajo un dosel entre ambos personajes y asistió en pié al santo sacrificio de la misa. S. . . que además de sus otras funciones oficiales, parece desempeñar el papel de bufon de la corte, decia una multitud de inspidos chistes a su Majestad. Pregunto, ¿qué efecto debe esto producir en el pueblo? ¿De dónde vendrán la obediencia y el respeto a la majestad terrestre, si ella a su vez no sabe inclinarse ante la Majestad Divina?

La persona mas agradable y seguramente mas avisada de la corte es la emperatriz viuda Amelia, segunda esposa de D. Pedro. El cruel destino ha perseguido con un encarnizamiento ciego a esta soberana desde su mas tierna juventud. Cuando estuve en Lisboa ella vivia en Bemfico con su amable hija, princesa distinguida, cumplida como no se ven muchas, a quien poco despues arrebató la muerte. Bemfico es una *quinta* encantadora donde recibí la mas cordial acogida y la mas digna de un buen pariente.

Asistí a un gran baile en casa del marqués de V. . . que, dicho

sea de paso, es un verdadero fátuo y quiere representar el papel de aristócrata fastuoso, de gran señor del siglo diez y seis. Allí ví otra vez y de cerca a la sociedad de Lisboa; hablo de la sociedad que se divierte. Habia ricos y elegantes adornos, muchas cabelleras negras y rostros aceitunados; pero pocas ó ningunas hermosas. La casa estaba decorada con una riqueza extraordinaria, aunque sin el menor gusto, verdadero lujo de advenedizo. Hebés de yeso figuraban entre los mas bellos vasos de antigua porcelana de China. A mi llegada, cuando aun estaba en la calle, el anfitrión hizo tocar en honra mia nuestro himno nacional: apénas entré al vestibulo, la orquesta de arriba lo volvió a tocar: ántes de que comenzara el baile resonó de nuevo, y en fin, se estuvo tocando toda la noche hasta las cinco de la mañana. Este sencillo rasgo basta para caracterizar al buen marqués.

Enseñan a los extranjeros, como una maravilla, el cementerio de Lisboa, que no es mas que una imitacion del *Padre La Chaise*. Las ideas modernas han prohibido a los grandes personajes, con excepcion de la familia real, hacerse enterrar en las iglesias: hoy ricos y pobres, deben ir al panteon, lo que hace que la ostentacion y las distinciones sociales, sean aun mas repugnantes para el espíritu cristiano. Junto al lugar en que el pobre está enterrado como un perro, el rico se hace construir un templo como para un ídolo, un verdadero templo pagano, cuyo fausto ofende a la vista. Tengo horror a esos cementerios lujosos, en que no veomas que una decoracion de teatro, en que el arte sustituye al sentimiento religioso, en que tantos monumentos sin armonía, turban y destruyen la impresion. Si el último asilo no está lleno con un pensamiento poético, se convierte en un objeto odioso: en lugar de piedad y de edificacion, no inspira mas que disgusto. Semejantes lugares no deberian llamarse tierra santa, ni campo de descanso, porque en ellos faltan el reposo y el carácter religioso. Otros nombres le convendrian mejor: *Almacen de Heín y Compañía, Circo de la muerte, Corso funerario, Baluarte de los muertos*. Los verdaderos modelos son siempre los antiguos cementerios, el magnífico Campo Santo de Pisa, y los incomparables lugares de sepultura de Turquía. Allí los pobres y los ricos encuentran la igualdad de la tumba bajo los cipreses y los plátanos; las tortolitas hacen



oir su gemido en el follaje, y a la sombra de los grandes árboles, los que sobreviven pueden entregarse sin reserva a su pesar.

Un día, la niebla y las nubes se disiparon, el sol brillaba con todo su esplendor, y comunicaba al Tajo y a sus riberas ese encanto de luminoso esplendor que solo pertenece al Mediodía. Atravesamos en un buquecito de vapor el ancho río para hacer una visita a la *Otrabanda*.

Desembarcamos en una aldehuela enfrente de la ciudad, tomamos unos asnos, y anduvimos a la ventura en aquel país desordenado y confuso: le llamo así, porque es medio salvaje, medio civilizado, medio cultivado, medio virgen, monstruoso y plano, bello y horroroso, según las localidades. No teníamos plan ni objeto; corriamos en todos sentidos por los hondos caminos, entre matorrales de acebo y atravesando campos y aldeas. Nos manejamos todo el día como estudiantes prófugos, entregándonos en medio de una loca alegría, a una especie de *steepie-chase*<sup>1</sup> furibundo. Hicimos el circo a galope: en pié sobre la silla, ejecutamos suertes de fuerza y de equilibrio más ó menos graciosas; cabalgamos en dos monturas a un mismo tiempo: de aquí se originaban algunas caídas y rodábamos por la tierra. Es necesario figurarse todo esto, con el noble corcel de orejas largas. Nos aprovechábamos de nuestro aspecto británico para permitirnos, al abrigo de la razón social, semejantes extravagancias en el suelo lusitano.

Pero en el almuerzo estuvimos a punto de que nos sucediera una desgracia, a pesar de Albion. Nos habíamos acomodado bajo unos olorosos pinos, y descansábamos tendidos en la yerba, en un terreno que supusimos neutral y que no lo era; porque apenas nos habíamos instalado, corrió a nosotros una especie de furia con la boca llena de maldiciones. Imposible fué apaciguarla con demostraciones pacíficas, era un dragón desencadenado: temblaba, arrojaba espuma de rabia, y nos amenazaba, según pudimos comprender, con amotinar a toda la población para desalojarnos a palos de nuestra posición inofensiva. La situación se hacía crítica: éramos en muy corto número para hacer frente a todo un pueblo, y ninguno de nosotros entendía el duro idioma portugués. No te-

<sup>1</sup> Carreras de caballos.

niamos armas, ni siquiera un bastón. No nos quedaba, pues, más arbitrio, que poner en práctica la política de la vieja Inglaterra, la tenacidad fría é imponente, la sordera diplomática: permanecimos sentados como las estatuas de los dioses en Méfis, y el furor lusitano cayó ante nuestra inmovilidad granítica, y se convirtió en nada. Después de haber terminado alegremente nuestro *lunch*, volvimos a montar en nuestras bestias, aunque un poco molidos, y dejamos, con aspecto friamente triunfante, el teatro de nuestra victoria sobre la pasión desencadenada.

Fuera de algunas excepciones, Lisboa no tiene el carácter meridional: todo está modelado a ejemplo de los estados del centro de Europa. Las casas, con sus techos elevados, dan a la ciudad una fisonomía germánica: en las calles tienen las gentes un aspecto de calma y de gravedad. Se ven elegantes carruajes en que la sociedad *fashionable* se pasea con adornos parisienses: las tiendas reciben la luz por grandes vidrieras con bastidores de mármol: desgraciadamente también el pueblo va a su trabajo con traje francés. El Tajo está cubierto de buques, sus muelles están contruidos con piedras de cantería, en ellos se ve el movimiento y la vida de una ciudad marítima, pero no hay vestigios de ese gusto, por el adorno y el ruido, de ese movimiento sin objeto que caracterizan a otras ciudades del Mediodía: los hombres no son aquí bulliciosos como en otras partes: se creería reconocer más bien en ellos, las muestras de una educación inglesa que les ha sido impuesta, el pesar por la independencia perdida. Lisboa tiene demasiada calma para una gran ciudad situada en esta Península maravillosa. Tal vez debe buscarse la causa de estas costumbres en esas nieblas húmedas que cubren el país, en esas corrientes de aire frío que sobrevienen súbitamente, y en la pesadez del vestido; por ejemplo, en esas grandes capas que usan las mujeres del pueblo, y que el clima hace tan necesarias.

Cada país, cada pueblo tiene su tiempo, y el tiempo de la Lusitania ya pasó. Nos afligimos al ver eclipsada la grandeza de un pueblo; pero a lo menos, queda el recuerdo: en cuanto a los decretos del destino, sabido es que los mismos dioses se inclinaban ante ellos. Portugal era una planta de los trópicos, planta magnífica, prontamente desarrollada, espléndida en su florescencia, ali-



mentada con jugos generosos, pero de corta duracion. Era uno de esos bejucos que nacen de un pequeño grano, se apoyan en un tallo extranjero, le toman sus jugos alimenticios, florecen, producen frutos, y al fin, son ahogados por el potente desarrollo de sus apoyos. Las colonias eran la fuerza de Portugal: miéntras él pudo alimentarse con la sustancia de aquellos, fué floreciente; hoy el bejuco ha dejado de vivir: sus ramas extendidas a lo léjos, se han secado con el aliento del Mediodía, y ya solo quedan algunas hojas marchitas suspendidas del tallo.

En el extranjero que no se contenta con una mirada superficial, Lisboa produce una impresion profunda de tristeza: su decadencia es demasiado visible; la ignorancia y la corrupcion de los funcionarios políticos, son demasiado sensibles: se ve muy claramente que todas las fuentes de la vida están agotadas, y que no se abren otras nuevas; y se comprende demasiado bien, que el país se sostiene únicamente, porque estamos acostumbrados a ver hace siglos en el mapa, el nombre de Portugal. El país y sus habitantes, me parece que son comparables con un hidrópico: la carne y la grasa se trasforman en una linfa que conduce al enfermo a la muerte. Cuando la descomposicion comienza, la vida huye, ó como dice el proverbio: "Los ratones abandonan la casa ántes de que se desplome."

Dejé a Lisboa y las márgenes del Tajo, en una disposicion de espíritu melancólica. Era una tarde: el Poniente estaba espléndido: el sol derramaba en el horizonte tintes de oro y de púrpura, y una brisa deliciosa venia de la mar.

Nuestro derrotero nos obligaba a volver a pasar por Cádiz, adonde nos condujo en poco tiempo el buque de vapor. Gusté aquí, como el año anterior, algunos dias de felicidad y alegría, y encontré a nuestro viejo cónsul, siempre vivo y expedito a pesar de sus ochenta y seis años.

Atravesé de priesa en un mal carruajillo, algunos lugares mal afamados é infestados de bandidos, para ver otra vez a Sevilla, mi ciudad muy amada. Quería consagrar de nuevo todas las facultades de mi alma, sentir la magnificencia de España, y las bellezas incomparables de la ardiente Andalucía. Fueron estos dias de aquellos en que se hace provision de recuerdos para muchos años.

Gustaba yo de esa felicidad que solamente nos es concedida en un viaje, cuando sin esperarlo, podemos hacer una segunda visita a poblaciones que nos fueron queridas: entónces se disfruta en mayor escala de las bellezas que la primera visita nos permitió apreciar, y no se desperdicia un tiempo precioso en objetos que no merecen la atencion.

Jamás olvidaré la noche que pasé solo con un amigo en el mágico palacio del Alcázar. La luna se ostentaba radiante en el éter sombrío: las estrellas brillaban como diamantes: la noche serena y apacible, tenia no sé qué de misterioso y divino. Los arcos y los pórticos parecian mas graciosos y mas esbeltos que nunca, a la luz de la luna, cuyos rayos inundaban los patios de mármol y jugueteaban como silfos en las aguas de las fuentes. Una calma encantadora y sobrenatural reinaba en los vastos salones enteramente abiertos del antiguo palacio de los moros: la mirada, atravesando el velo mágico de la noche, se deslizaba por las habitaciones, pasaba por la ciudad adormecida, é iba a reposar en la venerable cúpula envuelta como en un tejido de rayos. Los estanques y las azoteas entre las sombras de la noche; las rosas exhalaban en silencio sus perfumes; una ligera brisa hacia temblar el follaje de los naranjos, y los cálices de marfil del jazmin, nos enviaban el discreto saludo de sus aromas embriagantes. Los reflejos del agua parecian una legion de duendes bailando en la orilla de los prados, perdiéndose bajo las flores cubiertas de rocío, para salir otra vez y chispear de nuevo a la claridad de la luna, como si en medio de sus caprichosos juegos y adornados con sus trajes de plata, quisieran hacer la corte al astro de la noche.

Shakspeare ideó el *Sueño de una noche de verano*: Mendelsshon oyó sus armonías y sus cantos; pero yo la he visto!